

La decisión ocupacional

El ciclo vital, vale decir, la extensión de la vida de una persona y los hechos que suceden dentro de ella, es una noción relativamente reciente en el campo de la psicología. La evolución y el desarrollo psicológico han sido investigados durante buena parte del siglo XIX y XX desde la perspectiva de aquello que ocurre en los primeros años de la vida.

En efecto, los grandes nombres de la psicología del desarrollo o de aquellos que investigaron la evolución de la mente, se identifican con la infancia, la niñez y la adolescencia: Gessell, Piaget y Freud son algunos ejemplos significativos. Quizás Erick Erickson haya sido la excepción que confirma la regla. Su teoría del desarrollo – las 8 edades– cubre todo el ciclo vital y desarrolla el concepto de tarea de desarrollo. Cada periodo consistiría en la puesta en marcha de fuerzas, recursos, conflictos alrededor de una tarea: autonomía, identidad personal, intimidad o productividad económica y social, son algunos ejemplos.

El relativo descuido de las edades más allá de la adolescencia es de alguna manera explicable. Durante cientos de miles de años nuestros antepasados debieron confrontar una situación concreta: sobrevivir recolectando alimentos y cazando. Seres básicamente débiles e indefensos tenían que asegurar la supervivencia de la especie en grupos de alrededor de 80 individuos. Su esperanza de vida fue cortísima durante el 99.9 % del tiempo que habitamos este planeta, lo que se agravaba si tenemos en cuenta el relativamente largo periodo de indefensión absoluta que caracteriza a los pequeños de la especie. Las habilidades necesarias para tener éxito reproductivo debían, pues, quedar bien definidas al inicio de la vida. La mente, entonces, por lo menos para aquello que era cuestión de vida o muerte hasta hace muy poco en términos de historia biológica, es un producto temprano.

Esta situación comenzó a cambiar hace 10,000 años. El lento camino que llevó de la domesticación de animales y sobre todo plantas hasta la urbanización e industrialización de la sociedad, alargó el ciclo vital y puso a nuestra mente frente a retos inéditos desde el punto de vista del tiempo biológico de nuestra existencia como especie. Pero es solamente en los últimos 40 años que podemos hablar de un ciclo vital extenso y de desarrollo psicológico más allá de la adultez convencionalmente definida como el ingreso en la producción y la reproducción.

Entre la maduración inicial – el desarrollo del dominio psicomotor, lingüístico e interpersonal; y la consumación de la pubertad– y el mencionado ingreso, el tiempo se ha ido alargando en las sociedades occidentales. Básicamente porque las necesidades de mayor capacitación y formación para insertarse en los procesos productivos y lograr independencia económica se han hecho mayores. Ya no basta acompañar a los adultos durante un tiempo y observar sus usos y costumbres en la tarea de sobrevivir. Tampoco es suficiente aprender los

rudimentos de la cultura a través de la lectoescritura. La diversificación y complejidad de oficios y tareas obliga a mucho más.

Uno de los hitos del ciclo vital, entonces, es decidir el curso que va a seguir ese aprendizaje a través de la elección de una profesión u oficio. Hasta hace algunas décadas no habían demasiadas alternativas. La demanda estaba reducida a grupos selectos de la sociedad y la oferta era relativamente restringida. Las motivaciones de los individuos no eran tan importantes y mucho más pesaban las tradiciones familiares y los cauces rígidos que marcaba la pertenencia a una clase social.

Los enormes cambios económicos, la relativa prosperidad y los avances tecnológicos que sucedieron a la segunda guerra mundial, cambiaron las cosas de manera significativa. Diversificación de oficios y profesiones, movilidad social intensa, importancia de la autodeterminación, entre otros factores, ampliaron notablemente los horizontes e hicieron caer la elección profesional dentro de las decisiones individuales que influyen en el éxito, la felicidad y la satisfacción, junto con otras decisiones como la elección de pareja. Se trataba de escoger aquello en que uno haría por el resto de la vida productiva, vale decir, entre los 21 y 65 años. Casi podría decirse que era el equivalente, en lo productivo, de la elección de pareja en lo reproductivo. Decisión seria, solemne y momento crucial.

Pero las cosas han cambiado nuevamente en los últimos 20 años. Globalización de la economía, apertura a la competencia en un mundo sin fronteras, la abolición de las distancias a través de comunicaciones instantáneas, una sociedad basada en servicios, conocimiento e información, y la alteración de las reglas de juego, son un aspecto del cambio. El otro es una revolución del ciclo vital: pubertad temprana, abandono rápido de la niñez, extensión notable de la adolescencia, inicio tardío de la adultez e independencia, sexualidad precoz, jubilación anticipada y una esperanza de vida que se extiende más allá de los 80 años, son algunas de las características del mencionado cambio. La combinación de ambos genera nuevas condiciones para la elección ocupacional.

En primer lugar, es probable que ya no estemos más frente a la elección excluyente de una profesión u oficio cerrados. Se trata, más bien, de un conjunto de destrezas y habilidades de aplicación múltiple en un conjunto igualmente variado de campos; del inicio de un proceso permanente de capacitación. En segundo lugar, es poco probable que las actividades para las que uno se prepara en la formación ocupacional permanezcan constantes a través del tiempo así como el espacio institucional donde se desempeñan. En tercer lugar, todo indica que los cambios de orientación, vale decir, de oficio, ocupación o profesión, van a ser frecuentes y probablemente se den más de una vez a lo largo del ciclo vital.

Aunque nuestro país es un recién llegado a la globalización, no puede ser extraño a los procesos y cambios antes mencionados. El hecho es que nos hemos embarcado en una carrera hacia la descompresión de la creatividad, la deificación del cambio y la búsqueda de opciones que nos hagan más competitivos y exitosos. Nuestras prácticas educativas no han escapado a estos fenómenos, pero tampoco se han adaptado a ellos de manera sana.

Comenzando por la educación preescolar, se ejerce presiones enormes para que los niños se conformen a las expectativas de una competencia permanente, entendida más como posibilidad de ingresar en ciertos espacios privilegiados que como la confrontación de habilidades para hacer y desarrollar proyectos. Al mismo tiempo que se les dice, con actitudes y palabras, explícita e implícitamente, que el futuro será un escenario de competencia inexorable y permanente, se les prepara sobre todo para superar los obstáculos que se yerguen entre una etapa y otra de la formación. De esa manera los nidos se convierten en una preparación para enfrentar con éxito los exámenes de ingreso a los colegios; y éstos en un aleccionamiento para poder ingresar a la universidad que para responder a las presiones de la demanda, convierte el ingreso en ella en una prueba de esfuerzo que requiere habilidades absolutamente irrelevantes para aquello que deberá ocurrir en la formación que otorga. Por otro lado, el reciente incremento de la oferta, genera sistemas de reclutamiento que se infiltran en el periodo escolar, anulando los procesos de maduración y desarrollo personal que son tan importantes entre tercer año de secundaria y la finalización de esa etapa.

En ese contexto, adolescentes de 15 a 18 años se sienten obligados a decidir la carrera que van a estudiar. Algunos, los menos de lejos, consolidan una vocación que se desarrolló desde muy pequeños. Se trata de un fenómeno más bien raro que toca a personas con estilos particulares y ocupaciones determinadas (ligadas a las artes y al servicio a otros, como la medicina y el sacerdocio). Los otros, se dejan llevar por modas y expectativas parentales en medio de una carrera vista como de corto aliento cuando se parece mucho más a una maratón que a los 100 metros planos. La ansiedad de tener que elegir, aquella que emana de un proceso de terminación abrupta y anticipada de la vida escolar y la que produce tener que encontrar un espacio en alguna institución superior, se juntan y cobran un precio alto en el nivel de la salud mental. No extraña que en los últimos 2 ó 3 años, el número de chicos que hacen cuadros depresivos justamente después de haber ingresado en la universidad, tienen desempeños calamitosos en los primeros ciclos, abandonan los estudios sin atreverse a confesarlo a sus padres y, finalmente, se dan cuenta de que no saben qué ni por qué han escogido una determinada carrera, ha aumentado de manera considerable.